

NOTAS PARA MI INTERVENCION EN UN HOMENAJE
A DON EMILIO GARCIA GOMEZ *

POR
EMILIO OROZCO

LO primero que quiero hacer constar es la gran satisfacción que siento en intervenir en esta fiesta de amistad y admiración dedicada por el *Club Urbis* a mi maestro don Emilio García Gómez. Quiero, pues, expresar mi gratitud a su presidente don Manuel de la Quintana y a quienes hayan podido influir para que se me invitase a intervenir; y para mayor satisfacción hacerlo en compañía de tres ilustres amigos granadinos. Ello es reconocer el profundo granadinismo de don Emilio; más hondo, consciente y sentido, que el de muchos nacidos en Granada. Pero yo me siento en este acto con una especial satisfacción y privilegio, porque mis palabras, aunque se apaguen y agrisen junto a las de estos amigos granadinos, son expresión, no sólo de afecto y admiración, sino además de gratitud a sus enseñanzas y magisterio; de inmensa gratitud de antiguo discípulo.

* La Redacción de MISCELANEA se complace en incluir aquí esta intervención de don Emilio Orozco en el homenaje dedicado por el *Club Urbis* al gran maestro del arabismo español don Emilio García Gómez.

Pertenezco a la primera tanda de alumnos que tuvo don Emilio en Granada, cuando llegó a ella como catedrático de Lengua árabe. Pensad en consecuencia que si yo fui discípulo suyo —y acabo de jubilarme como catedrático hace unos días— cuan joven llegó don Emilio a la cátedra. Y si no llegó antes, no fue por falta de formación, trabajos y méritos, sino por la razón de que en la Universidad española sólo había dos cátedras de Árabe dotadas; la de Madrid, que ocupaba su maestro don Miguel Asín Palacios, y la de Granada que quedó vacante hacia fines de 1929. García Gómez dictó en Granada su primer curso de Árabe —y también de Hebreo— entre 1930 y 1931.

Pero para mi en esos años, García Gómez no fue sólo un buen catedrático; fue uno de los pocos profesores capaces de arrastrar e ilusionar, más allá de la concreta materia que enseñaba, con sus palabras y con sus escritos; no sólo atraía con lo exótico y desconocido de lo que nos mostraba, sino arrastrando y descubriendo perspectivas que desbordaban del campo de la especialidad. Para mi representó don Emilio un tipo de profesor de los que él mismo, por propia experiencia, hablaba dirigiéndose a los alumnos de la Facultad de Letras de Madrid en un acto celebrado en 1955 en memoria de don José Ortega Gasset. Les deseaba de todo corazón que llegasen a encontrarse con *tres, dos o uno* de estos profesores que *arrastran, que arrebatan, que derriten con esa apasionada y fecunda admiración juvenil* “que sólo en esos años se siente”. Y mejor aún —añadía— si la admiración encendida no se apaga y continúa al otro lado, al salir de los claustros y sigue *acompañando llenando la vida y fecundándola*. Junto a don Miguel de Asín, eso representó para García Gómez la sugestiva personalidad de Ortega. Así se le convirtió en un nombre *mágico*, aunque quedara fuera de su especialidad. Algo análogo me ocurrió a mi en mi juventud en el encuentro con don Emilio García Gómez.

En mis años de estudiante de bachillerato y Universidad, simultaneados con los estudios de Dibujo e Historia del Arte, en la Escuela de Artes y Oficios, y con la práctica de la pintura, mi inclinación como futura especialización se dirigía a la investigación y crítica artística. Era si, apasionado de la lectura, y con preferencia por la poesía; pero no pensaba que ello pudiera llevarme algún día a desviar o matizar mi trayectoria

hasta centrar mi actividad como profesor de literatura. El estudio de ésta en las aulas de la Universidad estaba entonces orientado por una metodología y crítica positivista que, más que aproximar, ocultaba la creación literaria, con abundantes y condensados datos de erudición, de segunda mano. El libro que se imponía —muy útil y valioso por otra parte— era el manual de Hurtado y González Palencia. Y de él salieron resúmenes como el que yo tuve que estudiar, que hacían aún más resecos e incommunicables los datos de erudición referentes a biografías de autores, listas de obras y breves argumentos. La anotación crítica se reducía sólo a varias citas de Menéndez Pelayo y, más rara vez, de Menéndez Pidal. Los juicios de don Marcelino se ofrecían como si nada más se necesitara ni pudiera ya decirse como crítica de una obra literaria. A través de esas referencias de erudición acumuladas en el manual de literatura me llegó en esos años estudiantiles el nombre de García Gómez. Así al estudiar el *Libro de Alexandre* y considerar la leyenda de Alejandro en el mundo árabe occidental, aparecía la referencia a uno de sus magistrales trabajos juveniles. Y también como obligada referencia volvía a destacarse su nombre al hablar de Gracián; García Gómez había descubierto un relato árabe, fuente común del *Criticón* —en sus primeros capítulos y del *Filósofo autodidacto* de Aben Tofail, que venía a dar explicación a la extraña relación de estas dos obras por la que se venía preguntando la crítica. Confieso que yo, entonces, no conocí esos trabajos, aunque los temas que enunciaban me atraían. Más tarde pude comprobar que, salvo el entusiasmo, nada hay de juvenil en ellos, sino de madurez y magistral sabiduría, poderosa intuición y rigor científico. Es explicable que fueran saludados dichos estudios con apasionados elogios por el arabismo europeo, comenzando por los del gran especialista ruso Ignacio Kratchkovsky quien ya señaló ante ellos un rasgo distintivo de la escuela española de arabistas que la destaca de la mayoría de los arabistas de Europa: “El saber escoger y dilucidar temas cardinales que derraman una luz nueva sobre la historia íntima de la Europa medieval en general”. En el joven arabista se continuaba, y con ambición y amplias perspectivas, la obra de don Julián Ribera y de su maestro don Miguel Asín. Nadie podía pensar entonces lo inmenso de la obra que

García Gómez, dentro de esa dirección y en el campo de la poesía, iba a realizar en el estudio de las *jarchas* y de la poesía de Aben Guzmán.

Pero no quiero ni debo desviarme hacia terrenos que no puedo pisar; no soy arabista y poquísimo podría decir que tuviese algún valor de verdadera crítica. Ya su maestro Asín Palacios en 1943 —al contestarle en su recepción en la Academia de la Historia— consideró con sabiduría y lógica pasión, el valor extraordinario del discípulo y la gran obra que había realizado; porque lo hecho por don Emilio hasta esa fecha sería para llenar una vida en una especialidad como la suya. Y lo extraordinario es que lo realizado desde entonces podría llenar hasta rebosar otra larga vida de trabajo. Más aún; sólo sus tres gruesos volúmenes de *Todo Aben Quzman* bastarían como ejemplo —por lo inmenso y profundo de su estudio—, sobre todo la métrica y los romancismos y magistral traducción en verso, para justificar una vida de investigador y hasta me atrevería a decir que la labor de una escuela. Insisto que no es mi intención —ni procedería en esta circunstancia— el caracterizar y enjuiciar la personalidad del profesor y del investigador. Todo ello con seguro perfil, trazado por sabio especialista y destacado discípulo, queda recogido en la certera presentación que de su figura hizo el catedrático P. Darío Cabanelas ante el claustro universitario de Granada defendiendo la propuesta de investidura como doctor *honoris causa*.

Perdonad, pues, que sin querer me haya desviado otra vez de mi intento. Quiero sólo contemplar la personalidad del maestro desde mi ladera de catedrático de Literatura Española, pero proyectándome en el pasado hacia esos años de estudiante en que tan decisivo fue para mí el encuentro con la persona, las enseñanzas y la obra de don Emilio. Porque si me siento como discípulo suyo no es sólo por lo que aprovechara y aprendiera en sus clases, cursillos, conferencias y en sus escritos, sino por algo más profundo e impreciso; por lo que entonces y después me sugestionó decisivamente afectando a mi vocación literaria y hasta a mi conciencia y sentir de granadino. Atiendo sólo a mis recuerdos; a lo que ha quedado incorporado a mi intimidad, y a lo que se me objetiva en el lejano horizonte de una nostálgica visión espacial.

La llegada de García Gómez a Granada estuvo inmediatamente precedida —yo diría que anunciada— por su sugestivo libro *Poemas arábigo andaluces*. Eran aquellos años de inquieta y renovadora vida poética que se estaba produciendo con la plena actividad de la llamada *generación del veintisiete*; y con ella la apasionada revalorización del gongorismo, con su brillante cortejo metafórico. En esas fechas —repito— la aparición de esos *Poemas arábigo andaluces*, traducidos y presentados por García Gómez, fue algo que sorprendió y deslumbró; porque con aquellos poemas del Islam andaluz, que con sensibilidad de poeta recreaba en castellano el joven arabista, parecía como si los tres mundos poéticos, el actual, el gongorino y el arábigo andaluz, se estuviesen mutuamente reflejando. En ese momento, como apasionado estudiante de letras, viví y sentí ese acontecimiento; pero fue años después cuando comprendí su íntimo significado; y cuando con plena conciencia me expliqué por qué los tres libros de poesía que más fuertemente me impresionaron en mis años juveniles de estudiante fueron el *Romancero gitano* de García Lorca, la edición de *las Soledades* de Góngora, hecha por Dámaso Alonso, y los *Poemas arábigo andaluces* de García Gómez. Sin estos dos últimos libros, que se me ofrecieron como ejemplos ideales de una labor de historia y crítica de la poesía, yo no me hubiera sentido atraído para adentrarme plenamente por el camino de los estudios literarios. Pero la influencia de García Gómez se hizo más profunda y decisiva, por la poderosa razón de haber recibido en forma directa, viva y continuada su magisterio. Así se reforzó el descubrimiento de ese mundo poético arábigo andaluz y con ello avivó mi conciencia y sensibilidad de granadino para comprender y gozar mejor el arte de los palacios de la Alhambra y el *Generallife*. Ya el autor, antes de conocer Granada, había llamado a los poemas andaluces “deliciosos arabescos literarios verdaderas Alhambraas verbales”.

En estos jardines leí y releí algunas tardes esos poemas arábigo andaluces. Y con el libro en las manos esperé la puesta del sol. Alguna vez con el sol encendido en el horizonte, si no llegué a ver el surgir del ansiado rayo verde, si lo contemplé en la tersa blancura de las páginas del papel marquilla del libro; y al regresar por galerías y miradores, el recuerdo

de su mundo de deslumbrantes imágenes y metáforas, parecía que me ayudaba a comprender el sentido decorativo reiterado de la estilizada decoración floral y geométrica de los capiteles y paños de atauriques. Y si contemplaba en las fuentes y albercas el erguido y chisporreante saltar de los surtidores se me superponía la visión transmutada que de ellos me había sugestionado en el libro. Y por último cuando descendía y daba vista a las huertas que bordean los palacios, al contemplar sus verduras y hortalizas, tras las flores de los jardines —rosas, azucenas y margaritas— me resultaba natural que en los poemas, como en los cármenes granadinos, se presentasen con igual jerarquía artística que el mundo floral la alcachofa y la berengena.

Ese libro y las lecciones sobre poesía árabe, con sus expresivas y sugestivas síntesis históricas, que le daba fondo, me hicieron comprender el gran pasado musulmán de Andalucía y especialmente para mí el de este último gran foco de arte y cultura que fue el reino granadino —aunque García Gómez no incluyese en su libro muestras del momento final o *epílogo* de la historia del Islam andaluz. Junto a sus enseñanzas ese es otro de los motivos de mi gratitud hacia don Emilio; el haberme capacitado con sus escritos, con sus traducciones y sus palabras de comentario para sentir y gozar mejor de mi Granada, y con ello de mi Andalucía. Contribuyó, así, el joven maestro a reforzar mi andalucismo; a que me recreara en las formas de ser y vivir del andaluz —pues algo esencial de éste reside en ese fondo islámico—; quizás con ello estimularía en mí ese sentimiento *narcisista* que destacaba Ortega como característico del andaluz.

Llegó García Gómez a Granada cuando yo iba a iniciar el último año de la carrera. En el curso anterior, en el que yo debí de estudiar la lengua árabe, ocurrió en sus comienzos la jubilación del catedrático don Pascual Meneu, hombre inteligente, pero extraño y pintoresco hasta el extremo, con el que nada hicimos los pocos días de clase que tuvimos con él. En todo el tiempo restante, de hecho no hubo sustitución, y así resultó un curso de árabe pasado en claro. Los alumnos nos vimos en grave apuro al presentarnos al final a unos exámenes con tribunal, como consecuencia del cierre de la Universidad

y sanciones impuestas por los disturbios estudiantiles. A mí me inquietaba más, porque tenía decidido hacer seguidamente en Madrid los estudios de doctorado que exigían estar iniciado en el conocimiento de la lengua árabe.

La ilusión del nuevo curso se reforzó en ese año académico de 1930 al 31 con el anuncio de la llegada del más joven arabista, ya famoso, don Emilio García Gómez; porque su fama con la referida publicación de los *Poemas arábigo andaluces*, transcendía del campo de lo universitario y de la especialidad y de la investigación. En el pequeño grupo de los estudiantes de letras había verdadera expectación. Recuerdo el primer día que en esa espera le vi llegar al patio de la Facultad; le acompañaban los catedráticos don Antonio Marín y don Antonio Gallejo y Burín, los mejores introductores para incorporarlo, respectivamente, a nuestra universidad y a Granada. Comencé a estudiar con él el Hebreo, asignatura que explicaba García Gómez en concepto de acumulada. Confieso que nunca el aprendizaje de una lengua se me había hecho más fácil y más atractivo. ¡Con qué ilusión me encontré, al descubrir que a los pocos meses del curso podía traducir los Salmos! Al año siguiente yo tenía que marchar a Madrid para estudiar el doctorado, donde había de cursar precisamente *Literatura arábigo española* con González Palencia, y *Rabinico* con Millás Vallicrosa. Por eso procuré antes de marchar asistir a algunas clases de árabe con don Emilio. La claridad y rigor con que —de acuerdo con sus maestros— iniciaba en los estudios de Gramática árabe me permitieron cumplir, como si hubiera estudiado un curso entero, en las traducciones que hube de hacer de un cuento de *Las mil y una noches*, en las clases de González Palencia. Y las enseñanzas de hebreo me capacitaron para traducir muy airoso el *Kéter Malkūt* de Ben Gabirol en las clases de *Rabinico* de Millás.

Mi año de doctorado en Madrid, aunque me alejara de don Emilio, no interrumpió su influencia. Así creció mi interés por lo literario y concretamente por lo musulmán español; incluso llegué a iniciar un trabajo sobre el tema de la leyenda de Aristóteles y Alejandro en la literatura árabe —partiendo del cuento del Visir ensillado y bridado— y en la occidental. Por otra parte yo seguía atento desde allí a la labor que desa-

rollaba don Emilio en Granada. Porque el entusiasmo entre mis compañeros y compañeras seguía despertándolo. En este sentido quiero recordar cuán profunda resonancia tuvo en los medios universitarios e intelectuales de Granada su intervención en el acto organizado por la universidad para conmemorar el centenario de Goethe. Los comentarios entusiasmados que determinó esta primera actuación pública de García Gómez en la ciudad me llegaron inmediatamente en una carta a Madrid.

Cuando regresé a Granada me reintegré a la vida de la Facultad en la que García Gómez seguía polarizando la atracción de los alumnos e incluso de los profesores. Fueron los momentos de la creación de la Escuela de Estudios Arabes en la Casa del Chapiz, cuya restauración había terminado hacía muy poco el arquitecto de la Alhambra don Leopoldo Torres Balbás. La instalación se hizo con gusto, cariño y sencillez, como reflejaba en expresiva síntesis el pequeño despacho de su director y organizador. Colaboraba con él en toda esa labor de instalación el rector don Antonio Marin, que además desempeñaba el cargo de bibliotecario de la Escuela, y el profesor don Alfonso Gámir nombrado secretario de la misma; y con ellos, entre otros, don Antonio Gallego y Burín. Dentro del grupo de becarios nombrados de entre sus discípulos tuve la suerte de encontrarme y participar modestamente, pero con vivo interés, en la iniciación de la vida de la Escuela. Recuerdo muy bien cuando todo el grupo de becarios fuimos entresacando de la Biblioteca General de la Universidad —no sólo por los catálogos, sino estante por estante— todos los libros de tema árabe que habían de integrarse en los fondos iniciales de la biblioteca de la Escuela. ¡Con qué ilusión realizamos aquella labor, deseosos de que los libros reunidos fuesen muchos y de gran interés! Nuestro afán no estaba sólo movido por la Escuela, sino porque quedase más satisfecho don Emilio. Nos parecía que cuantos más libros de importancia tuviese la biblioteca, más elementos de trabajo tendría su director y más le podría retener en Granada. Sabíamos —y no podía ocultarlo— que era madrileño y sabíamos que allí existía otra Escuela, cuya cabeza era su maestro don Miguel Asín, al que todos admirábamos por lo que conocíamos de su obra —y por lo que de

él nos hablaba el propio discípulo— y cuyo retrato junto con los de Codera, Ribera y Gayangos había hecho colocar en la principal sala de trabajo de los profesores. Esos retratos, unas reproducciones de miniaturas persas y unas bellas caligrafías árabes traídas por García Gómez, del Cairo, de sus años de estudios como pensionado, era todo lo que adornaba los blancos muros de la bella Casa que albergaba la Escuela. Sabíamos que la atracción y llamada de don Miguel Asín podía ser decisiva. Y también sabíamos que, aparte de los medios de trabajo, la atracción de Madrid y de su vida intelectual era grande; sobre todo el Circulo de Ortega, para el maestro también y a la vez compañero en la Tertulia de la *Revista de Occidente*.

El curso monográfico que nos dio García Gómez sobre Poesía árabe estuvo lleno de sugerencias y novedades que caían como agua de Mayo sobre el campo que él había sembrado con sus *Poemas arábigo andaluces*. Pero las dos grandes alegrías que me proporcionó don Emilio en esos años —todavía de estudiante becario— fue en primer lugar hablarme e interesarme sobre la traducción que estaba haciendo de un revelador trabajo de Massignon sobre *Los métodos de realización artística de los pueblos del Islam*, que iba a publicar en la *Revista de Occidente*. Para mí como principiante fue considerarme ya como mayor de edad en estos temas de estética. El otro hecho —para mí verdadero acontecimiento— fue que me dedicara una separata de su sorprendente artículo sobre Aben Guzmán *Una voz en la calle*. Era la primera vez que un Profesor me dedicaba una separata; y este Profesor eran don Emilio García Gómez.

Desde el primer momento de su llegada a Granada, García Gómez logró penetrar en los más distintos sectores de la sociedad local. Llegó por primera vez a ella a fines de Septiembre de 1930 al tomar posesión e iniciar su labor de catedrático de Lengua Árabe en la Universidad; no iba, pues, para verla o visitarla unos días, sino para vivirla. Cuando subió a la Alhambra y recorrió sus palacios y jardines quedó enamorado de ella. Según nos decía en 1975, *sintió que algo nuevo se adentraba en su vida*. Se le ofreció Granada como *paraíso*; pero para él no era *paraíso cerrado*. A García Gómez se le fueron abriendo todas las puertas; incluso las de los más recónditos y tapiados recintos o jardines de la sociedad granadina. Sin perder su

centro del ambiente universitario, intelectual y literario, se adentró y descubrió la intimidad del más cerrado mundo de la aristocracia y alta burguesía granadina, al mismo tiempo que dialogaba con la gente del mundo popular alhambrense. Paralelamente a su intensa actividad científica y universitaria —y de organización e instalación— que supuso la creación y puesta en marcha de la Escuela de Estudios Arabes y de la revista *Al-Andalus*, García Gómez mantenía las más distintas relaciones y amistades. Y si en sus trabajos en la Universidad y en la Escuela fue exacto cumplidor y constante, también en sus relaciones y amistades fue —y sigue siendo— fiel y puntual. Desde el punto de vista —a la vez cercano y distante— en que yo lo contemplaba, don Emilio en esos años se me ofreció con una personalidad compleja y difícil, pero de rasgos definidos, firmes y constantes, en los que, a mi juicio, nada ha cambiado de sus principios y lealtades a través de su vida, pese a las grandes transformaciones que se fueron produciendo en el entorno social y en las personas en cuya relación había de vivir.

El lector que recorra las cambiantes páginas de su libro *Silla del Moro* podrá comprender bien cómo García Gómez sintió y penetró en la vida de Granada y cómo Granada penetró en él. La visión que nos da de ella, con una sensibilidad artística de observador de la realidad, no se detiene sin embargo en lo externo expresivo, sino que siempre penetra y cala hasta lo más recóndito de la intimidad de la ciudad y de los granadinos. El paisaje pocas veces se queda a solas, aunque sí en silencio. Están presentes sus habitantes. Observemos que los nombres que saltan a las páginas de *Silla del Moro* no son sólo los de su círculo más próximo de universitarios —en el que están, y muy cerca— sus íntimos, Alfonso Gámir y Joaquina Eguaras— y los del mundo del arte y las letras, Falla y García Lorca; o los de sectores de la burguesía, terratenientes, financieros y aristocracia, como los Rodríguez-Acosta, los Bériz o la Duquesa de Lécerca. Junto a ellos están los de familias inglesas distinguidas, como las del Cónsul Davenhill o los Temple, que residen y se mueven en los ámbitos de la Alhambra. Pero al mismo tiempo vemos aparecer también con sus nombres propios y familiares gentes de otros sectores plenamente populares. Así se descubre como lugar frecuentado, la taberna del Po-

linario de la Calle Real de la Alhambra, verdadero consulado para los artistas y escritores nacionales y extranjeros —y para los mismos granadinos—, donde ya destacaba como músico con fama Angel Barrios, hijo del artista propietario. Y en ese mundo popular emergen con personalidad gentes que ha conocido García Gómez en frecuentes encuentros en su continuo pasear por la Alhambra. Así aparece Elena, la vieja guardesa de la Torre de la Cautiva, Mariquilla la de la portería del Generalife, y Maolico en su quiosco de la Mimbre.

En general todo ese mundo humano tan vario y distinto queda en su mayor parte fundido o ambientado en el recinto de la Alhambra y en el Generalife. Muchos de ellos son *hijos de la Alhambra*. Así es un mundo que queda envuelto —como el escritor— bajo las amplias sombras de los *altos árboles* de la Alhambra.

La Guerra civil distanció a García Gómez de Granada y con ello avivó su nostalgia de la ciudad y, muy concretamente, de la Alhambra. No es extraño, pues, que el primer viaje que emprendió tras el fin de la guerra fuese a Granada; lo necesitaba como el que vuelve a su tierra. Desde entonces —primero soltero y después casado— García Gómez, durante mucho tiempo, volvía todos los años para residir en la Alhambra, en Villa Paulina, la grata mansión de su gran amigo Alfonso Gámir, que siempre ansioso le esperaba y cariñosamente le retiene; y que con esquisitez y generosa cordialidad nos daba ocasión a todos los que admirábamos a don Emilio para que alguna tarde acudiéramos a compartir con ellos la tranquila hora del té.

Fue entonces, en esos años, cuando García Gómez se convirtió plenamente en verdadero *hijo de la Alhambra*. Yo pienso que en esas fechas fue cuando consciente o inconscientemente comenzó a sentir como una viva realidad que para él Granada era su *madre adoptiva*, lo que con emocionada solemnidad nos declaró en 1975 al ser investido de *Doctor Honoris Causa* en nuestra Universidad, al cerrar su última lección como catedrático de Lengua Árabe.

Es verdad que García Gómez contempló y penetró en el vivir de toda la ciudad; pero yo diría que su punto de vista estuvo siempre en la Alhambra. Aunque realizara visitas y lo

mismo acudiera a tertulias o se reuniera a comer en restaurantes y bares y se alejase en excursiones y viajes, no obstante, el sitio en que saboreaba o comentaba lo vivido era en la Alhambra. Esta era el punto de partida y el de vuelta o reencontro. Cuando se lee *Silla del Moro* —y no sólo por el título— se comprende plenamente. Y se comprende también por qué, no sólo conscientemente por la intención del escritor, sino de forma espontánea, se funden y hasta se confunden en sus relatos lo vivido en las dos etapas de su residencia en Granada, antes y después de la guerra. García Gómez recordaba —en el sentido etimológico del término, esto es, traía a su corazón— todas las vivencias de sus primeros años granadinos. Así su vivir en la Alhambra enlaza años de juventud y madurez. Y el que sus estancias se reiterasen cada verano resultaba para él como el volver a su propia tierra.

Cuando García Gómez comenzó a publicar una serie de artículos en “ABC”, centrados preferentemente en temas granadinos y andaluces, empezó a ir descubriendo tras de ellos cuan hondo era su amor a Granada. Sin declararlo, estaba confesando que —como decía de sí mismo Juan Ramón Jiménez— *Granada le había cogido el corazón*. Y ese íntimo encuentro y enamoramiento se había producido en la Alhambra. Viendo cómo canta los *árboles altos* del bosque y jardines alhambrenses en su artículo de “ABC”, incluido en *Silla del Moro*, de tan profundo tono nostálgico, comprendemos bien donde bebió García Gómez el veneno de Granada. Cuando desde la Silla del Moro termina de describir el lento apagarse de la luz sobre el inmenso paisaje, con el Generaife, la Alhambra, el Albayzín, la ciudad y la vega, respirando el *vaho informe* que de todo emanaba, cierra rotundo sus emocionadas palabras: “Se nos metía por los poros todo el veneno de Granada”. Y he dicho que *canta* —y él mismo lo dice también— porque en ese artículo la voz del escritor se adelgaza, tiembla y sube de tono, en pleno desbordamiento sentimental, como si no hubiera estado presente al escribirlo el fino y vigilante espíritu crítico que en él frena casi siempre cualquier exceso. Así alcanza con ese artículo en su libro la más alta cima de lo lírico, como auténtico poema en prosa.

Recuerdo que cuando se fueron publicando esos artícu-

los, que cuidadosamente yo recortaba, por la admiración que sentía por todos sus escritos, y por la especial complacencia que experimentaba al ver muchas veces al maestro sentir la nostalgia de Granada, como si fuese su propia tierra, tuve el deseo —y fue presentimiento— de que algunas de aquellas páginas reunidas se convirtiesen en un libro. Y así hice encuadernar un librito de hojas en blanco para ir pegando todos los artículos que García Gómez fuese publicando. Mi deseo, pues, se hizo realidad cuando apareció *Silla del Moro*. Un bello libro de cambiante estructura abierta, pero teniendo como hilo o trama oculta unas íntimas vivencias granadinas centradas esencialmente en la Alhambra; abarcadas en su introducción por una amplia y emocionada visión de puesta al sol saboreada en la Silla del Moro, y el lento entrar de la noche al descender en silencio hacia la Alhambra y quedar envuelto bajo las oscuras sombras de sus *altos árboles*. Esa contemplación de la puesta de sol desde la Silla del Moro se ofrece como el reiterado paseo de su vivir en la Alhambra.

Diríamos que desde la Alhambra o bajo sus recuerdos y nostalgia está sentido casi todo el libro; incluso cuando habla de sus excursiones y viajes por Andalucía, todo ello —según decíamos antes— se ofrece como contado, comentado y saboreado en la Alhambra; en sus palacios y jardines, en sus bosques o en el recogimiento de las estancias de Villa Paulina. El sentir desde Granada o con la nostalgia de la ciudad y de su Alhambra no se manifiesta sólo en esos artículos, en los que, como descanso del investigador, se expresa libremente el escritor. No creo sea puro azar que en ese decenio siguiente al de la guerra, consagrara varios años de su vida a la investigación de temas poéticos del Islam granadino. Sus dos importantes trabajos sobre Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra, y sobre Abū Ishāq de Elvira son un elocuente testimonio del complacerse por el arabista en adentrarse en la Granada musulmana, como el que se adentra en el pasado de su propia tierra. Por eso busca esa Alhambra vivida y contemplada con amor, y en sus afanes de unir poesía y erudición se detiene simbólicamente en el último gran poeta arábigo andaluz, autor de los poemas que ilustran y decoran los palacios de la Alhambra, presentando así —según nos dice— en esta síntesis

de arte y poesía el libro poético con más lujo y más bellamente editado del mundo.

Ante esas inscripciones de los palacios de la Alhambra en que se visualizan en bellas composiciones caligráficas la última gran poesía arábigo andaluza, García Gómez declara lo que ha sido norma y aspiración de toda su labor de investigación, crítica y traducción. “Las inscripciones poéticas de la Alhambra —dice— deben ser entendidas y traducidas como lo que son, poesía”. Lo que aquí afirma, diríamos es la clave y signo de la inmensa obra de crítica literaria que desde el comienzo ha realizado nuestro gran arabista. Así lo declaró en su última lección como catedrático dictada en Granada el día 4 de Junio de 1975: “Lo que no querría dejar de decir —afirmaba— es que mi propósito inicial, también entonces revolucionario, era aliar la erudición con la literatura... yo creí, y sigo creyendo —concluía— que si las cosas santas han de ser santamente tratadas (*sancta sancte tractanda*), las cosas literarias deben ser tratadas literariamente”. Creo que ahí se encierra la razón —y sin razón— del poder de atracción que sobre mí ejerció la obra y magisterio de don Emilio García Gómez. Esto —junto a la influencia del Dámaso Alonso comentador de las *Soledades*— fue —pienso hoy— lo que pudo conmoverme en mi juventud, ofreciéndose como un ideal de investigación y crítica literaria que pesó en mi vocación hasta llevarme a la cátedra de Literatura.

En esta fecha, con la amplia perspectiva de la edad, que en trasmutación espacial del tiempo nos permite contemplar como en visión panorámica nuestro pasado, yo veo con claridad cómo contó en mis años universitarios juveniles la presencia de García Gómez, como estímulo vivo y ejemplo de investigación y crítica literaria. Por esto hoy, cuando yo acabo de jubilarme como catedrático de Literatura, quiero reiterarle la expresión de mis sentimientos de afecto, de admiración y de gratitud. Complejo sentimiento, que para decirlo con palabras del poeta Ben Zaydun —recordadas por el maestro en la dedicatoria de uno de sus bellos libros de poesía arábigo andaluza— no lo viví sólo en mi juventud como *fugaz rosa*, sino que hasta hoy —ya viejo— lo siento como *arrayán perenne*.

Granada, Abril 1979